



JESÚS, PERSONAJE CONFLICTIVO Y PELIGROSO

capítulo 12 del libro JESÚS
de José Antonio Pagola

Resumen

Jesús no pudo disfrutar de una vejez tranquila. Murió violentamente en plena madurez. Lo ejecutaron en las afueras de Jerusalén, junto a una vieja cantera, unos soldados a las órdenes de Pilato, máxima autoridad romana en Judea. Era probablemente el 7 de abril del año 30. Esa misma mañana el prefecto le había condenado a muerte como culpable de insurrección contra el Imperio. Su vida apasionante de profeta del Reino de Dios terminaba así en el patíbulo de la cruz.

Pero, ¿qué había sucedido para llegar a este trágico final? ¿qué ha hecho el profeta de la compasión de Dios para terminar en un suplicio que solo se aplicaba a esclavos criminales o a rebeldes peligrosos? ¿Por qué se le mata?

Su trágico final no fue una sorpresa. Se había ido gestando día a día desde que comenzó a anunciar con pasión el proyecto de Dios que llevaba en su corazón. Mientras la gente lo acogía casi siempre con entusiasmo, en diversos sectores se iba despertando la alarma. La libertad de aquel hombre resultaba inquietante y peligrosa. Su proyecto era un desafío al sistema. El rechazo se iba gestando no en el pueblo sino entre aquellos que veían en peligro su poder religioso, político o económico.

En conflicto con los fariseos

Según los evangelios, Jesús entró pronto en conflicto con los fariseos. Éstos son los que se mueven entre la gente y tratan de influir en su vida. Son letrados muy familiarizados con las tradiciones y costumbres de Israel. Su primera preocupación es asegurar la respuesta fiel del pueblo al Dios santo que les había regalado la Ley y que los distinguía de todos los demás pueblos de la tierra. De ahí su desvelo por cumplir estrictamente todas sus prescripciones: el sábado, los diezmos para el templo, la pureza ritual. Además de la ley escrita por Moisés consideraban obligatorias las innumerables "tradiciones de los padres".

Los evangelios presentan a Jesús siempre en conflicto con los fariseos que le hacen preguntas capciosas y tratan de desacreditarlo ante el pueblo. Jesús por su parte lanza sobre ellos toda clase de amenazas y condenas: No entran en el Reino ni dejan entrar, descuidan la misericordia, se parecen a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera y podridos por dentro. Sin embargo ¿es cierto que Jesús fue



tan duro con los fariseos?

El grupo de los fariseos se concentraba sobre todo en Jerusalén y sus cercanías. En Galilea no eran tan importantes y representaban los intereses del templo. Jesús pudo encontrarse con algunos en aldeas de Galilea pero sobre todo entró en contacto con ellos en Jerusalén. ¿Por qué entonces aparecen en la tradición cristiana como los grandes adversarios de Jesús? Hay una razón muy verosímil.

Los evangelios fueron redactados después del año 70 cuando se estaba viviendo una hostilidad muy fuerte entre los seguidores de Jesús y los escribas fariseos. Lo que los evangelistas describen refleja más estos enfrentamientos posteriores que los conflictos reales entre Jesús y los fariseos. Sin embargo no se puede negar que hubo enfrentamientos. Jesús no entiende ni vive la Ley como ellos. Su libertad contrasta con la actuación de los maestros que siempre se apoyan en sus tradiciones. La pretensión de Jesús de hablar directamente en nombre de Dios les irrita. Mientras ellos se esfuerzan en explicar y actualizar la Ley, Jesús insiste en comunicar su propia experiencia de un Dios Padre empeñado en establecer su reinado en Israel. Lo decisivo de Jesús no es observar la Ley sino escuchar la llamada de Dios a entrar en su Reino para promover una vida más humana.

A los fariseos les irrita la libertad de Jesús para transgredir el sábado. Les molesta que no se sienta obligado a observar las normas de la pureza ritual. No pueden entender su increíble acogida a los pecadores y que los trate amistosamente en nombre de Dios sin exigirles la penitencia y los sacrificios que les impone la Ley.

Hubo pues enfrentamiento pero no tan violento como lo presentan los evangelios. Los fariseos no fueron los que buscaron su muerte. En los relatos de la pasión nunca aparecen tomando parte en su condena o ejecución. La verdadera amenaza contra Jesús viene de otros sectores: de la aristocracia sacerdotal y laica de Jerusalén y de la autoridad romana.

Oposición a las autoridades religiosas

La aristocracia de Jerusalén estaba formada por una minoría de ciudadanos ricos e importantes, muchos de ellos sacerdotes y algunos pertenecientes al grupo de los saduceos, provenientes de Sadoc un sacerdote del tiempo de David y Salomón.

Esta gente poseía grandes riquezas y elegantes mansiones que iban adquiriendo con el dinero del templo alimentado por el pueblo. En tiempos de Jesús el sumo sacerdote tenía poder de gobierno tanto en Jerusalén como en Judea. Gozaba de plena autonomía en los asuntos del templo: sobre los sacrificios, limosnas, tasas, diezmos, con una policía encargada del mantenimiento del orden. diversos miembros de la aristocracia sacerdotal y laica le asistían en su gobierno.

Como Jesús subió a Jerusalén por lo menos dos veces para celebrar la Pascua y enseñaba en el templo donde se movían los saduceos, éstos sabían quién era y le escuchaban llenos de recelo y desconfianza. No podían tolerar que Jesús relativizara

los sacrificios y toda la parafernalia en torno al templo. Si el templo desaparecía su poder también desaparecería con él y a eso no estaban dispuestos. Jesús cuestionaba el templo diciendo que la salvación no venía de ahí sino de la sola misericordia de Dios. Jesús contó al respecto una parábola; la de los viñadores homicidas para hacer ver a la gente que las autoridades de Israel no han sabido cuidar del pueblo que se les ha confiado; han pensado solo en sus propios intereses sintiéndose los propietarios de Israel cuando solo eran sus administradores.

La parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-8)

12 1 Jesús se puso a hablarles en parábolas: "Un hombre plantó una viña, la cercó, cavó un lagar y construyó una torre de vigilancia. Después la arrendó a unos viñadores y se fue al extranjero.

2 A su debido tiempo, envió a un servidor para percibir de los viñadores la parte de los frutos que le correspondía.

3 Pero ellos lo tomaron, lo golpearon y lo echaron con las manos vacías.

4 De nuevo les envió a otro servidor, y a este también lo maltrataron y lo llenaron de ultrajes.

5 Envió a un tercero, y a este lo mataron. Y también golpearon o mataron a muchos otros.

6 Todavía le quedaba alguien, su hijo, a quien quería mucho, y lo mandó en último término, pensando: "Respetarán a mi hijo".

7 Pero los viñadores se dijeron: "Este es el heredero: vamos a matarlo y la herencia será nuestra".

8 Y apoderándose de él, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña.



Jesús insiste en la insolente actitud de los gobernantes religiosos que asesinan a los profetas. El ha querido restaurar al verdadero Israel pero ellos se han negado por eso anuncia que la ciudad será destruída y del tempol no quedará piedra sobre piedra.

37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne bajo sus alas a los pollitos, y tú no quisiste!

38 Por eso, a ustedes la casa les quedará desierta. (Mt 23,37-38)

El recelo del poder romano

Junto a los poderosos dirigentes del templo, el mayor peligro para Jesús venía del máximo poder, el de Roma. Su anuncio de la venida del Reino de Dios, su visión crítica de la situación, su actitud solidaria con los excluídos y su libertad

representaban una peligrosa alternativa al sistema impuesto por Roma. Poco a poco se fue convirtiendo ante los ojos de las autoridades civiles en un profeta inquietante y un peligroso revolucionario. Herodes Antipas que gobernaba en Galilea había oído hablar de Jesús que le llamó "zorro" pero no es él quien lo ejecuta.

En Jerusalén en cambio las noticias que llegaban de Galilea empezaron a inquietar al gobernador romano y a sus soldados sobre todo cuando le ven en Jerusalén aclamado por el pueblo. ¿Qué pretende este hombre diciendo que viene el Reino de Dios para los oprimidos? ¿No es el Cesar de Roma el que establece la paz romana e impone su justicia por todo su imperio aún a costa de extorsiones y tributos?

Este hombre está diciendo a todos que la voluntad de Dios está en contradicción con la del Cesar y que para entrar en el imperio de Dios hay que salirse del imperio de Roma. No piensa Jesús en una sublevación política y suicida contra Roma pero sus bienaventuranzas anuncian la felicidad para los pobres, hambrientos, perseguidos etc. Cuando Jesús expulsa a los demonios está venciendo a Satán y los días de Roma están llegando a su fin. *"Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios"*

Un día le hicieron a Jesús esta pregunta para tenderle una trampa:

El impuesto debido a la autoridad (Mc 12,13-17)

13 Le enviaron después a unos fariseos y herodianos para sorprenderlo en alguna de sus afirmaciones.

14 Ellos fueron y le dijeron: "Maestro, sabemos que eres sincero y no tienes en cuenta la condición de las personas, porque no te fijas en la categoría de nadie, sino que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios. ¿Está permitido pagar el impuesto al César o no? ¿Debemos pagarlo o no?"



15 Pero él, conociendo su hipocresía, les dijo: "¿Por qué me tienden una trampa? Muéstrenme un denario".

16 Cuando se lo mostraron, preguntó: "¿De quién es esta figura y esta inscripción?". Respondieron: "Del César".

17 Entonces Jesús les dijo: "Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios". Y ellos quedaron sorprendidos por la respuesta.

¿Qué es lo que quiere decir Jesús con su respuesta? Para Jesús todo pertenece a Dios. Al Cesar solo le pertenece su dinero. Su mensaje es sencillo: "Si os estáis beneficiando del sistema y colaboráis con Roma, cumplid con vuestras obligaciones con los recaudadores y devolved al Cesar lo que viene de él pero que nadie deje en manos del Cesar lo que pertenece a Dios que son los pobres y los pequeños, sus hijos predilectos. El Reino de Dios les pertenece y nadie ha de abusar de ellos ni el Cesar."

Coherente hasta el final

Jesús no era un ingenuo. Sabía que tarde o temprano su vida corría peligro. Se dio cuenta de ello sobre todo en sus estancias en Jerusalén. Era imposible solidarizarse con los últimos sin sufrir la reacción de los poderosos. Lo ocurrido con el Bautista también podía suceder a él por eso se retiró a un lugar apartado. Sabía que los profetas había sufrido la incomprensión, el rechazo y la persecución. ¿No le aguardaba a él también la misma suerte? Pero Jesús no buscaba la muerte ni la persecución pero tampoco se echó para atrás ni huye de las amenazas ni modifica su mensaje. Pudo evitar la muerte pero no lo hizo; continuó su camino. Prefirió morir antes que traicionar la misión que su Padre le había confiado. Eso significaba tener que vivir día a día en un clima de inseguridad, no poder anunciar el Reino de Dios desde una vida tranquila. Significaba verse expuesto continuamente a la descalificación y el rechazo.

A Jesús esto le supuso preguntarse cómo podía Dios llamarle a esta misión para luego dejar que acabara con un fracaso. Tendría sus dudas, sus vacilaciones pero su confianza pudo más y nada le detuvo. Su fidelidad hasta la muerte confirmará lo que ha sido su vida entera.

Jesús no hizo ninguna teología sobre su muerte. No la entendió como un sacrificio de expiación ofrecido al Padre como era el culto del templo que sacrificaba animales para aplacar a Dios. Nunca imaginó a su Padre como un Dios que pedía su muerte para que su honor quedara restaurado y así perdonar a los demás seres humanos. Dios no necesita que nadie sea destruido en su honor. Su amor a sus hijos es gratuito y su perdón incondicional.

Jesús entiende su muerte como ha entendido siempre su vida: un servicio al Reino de Dios a favor de todos. *"Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve"* dijo a sus discípulos y así estará en la cruz: como el que sirve. Si toda su vida la dedicó a salvar a sus semejantes, su muerte también iba a contribuir a la salvación de todos.

Peregrinación arriesgada a Jerusalén

Era el mes de nisán – marzo-abril de nuestro calendario – se acercaba la primavera. Las gentes se preparaban para subir a Jerusalén a celebrar la Pascua el día de luna llena. Jesús también quiso subir y se lo comunicó a sus discípulos.

¿Qué motivos le impulsaban? Seguramente quería anunciar también en Jerusalén lo que había estado proclamando en Galilea: la venida del Reino de Dios. ¿Y qué mejor ocasión que la Pascua cuando la ciudad se llenaba de miles y miles de peregrinos venidos de todos los rincones del Imperio? Sus discípulos se alarman. Es un riesgo, pero Jesús no se arredra.

El grupo deja Cafarnaún, camina a lo largo del río Jordán, atraviesa Jericó y llega al monte de los Olivos. Desde allí se podía contemplar la ciudad santa con sus edificios: el palacio de Herodes Antipas, el de Poncio Pilato, prefecto romano, las lujosas casas del sumo sacerdote Anás y las de la aristocracia del templo. Al otro extremo se podían distinguir los barrios pobres con su bullicio y agitación. En sus estrechas calles se alternan talleres, tiendas y negocios en los que los vendedores ofrecen a gritos sus mercancías.

Pero lo que atraía más la mirada era la inmensa explanada del templo. ¡Aquella era la Casa de Dios! Estaba cubierta con láminas de oro que brillaban resplandecientes al salir el sol. Allí se ofrecerán esos días los sacrificios de animales, los cantos y los rezos de acción de gracias. Cada cual en su sitio: los extranjeros en la explanada exterior junto con la gente tarada: ciegos, cojos tullidos, leprosos; los hombres sanos más adentro y las mujeres con los niños en lugar aparte. Los sacerdotes en el area reservada para ellos y en el "sancta sanctorum" donde se guardaba el arca de la alianza solo el sumo sacerdote podía entrar. En un extremo de la explanada se levantaba la torre Antonio con sus cuatro torres. Era una fortaleza que dominaba el templo y controlar cualquier altercado que perturbara el orden.

Al acercarse a la ciudad Jesús y sus discípulos se encuentran con grupos de peregrinos cantando su alegría por haber llegado a la ciudad después de un largo viaje. Jesús cansado de la caminata entra montado en un asno. La gente le reconoce, ¡es el profeta del Reino de Dios! y enardecida por el entusiasmo empiezan a aclamarlo ondeando palmas y poniendo sus mantos a guisa de alfombra por donde pasaba. No era una recepción solemne y organizada para recibir a un personaje ilustre. Era el homenaje espontáneo de un pueblo ansioso de un orden nuevo diferente al que le imponía Roma. La humilde entrada de Jesús en Jerusalén era una crítica hacia las entradas triunfales de los romanos cuando conquistaban las ciudades. Este acto público de Jesús seguramente irritó a las autoridades religiosas tanto como a las civiles.



Un gesto muy peligroso

A los pocos días ocurrió algo más grave. Jesús se hospedaba en casa de sus amigos Marta, María y Lázaro en la aldea de Betania. Desde allí va al templo, entra en el patio de los extranjeros donde se vendían los animales para los sacrificios y comienza a echar fuera a los vendedores volcando las mesas de los cambistas. Probablemente Jesús actuó solo en una parte de la explanada que era enorme, tratando de interrumpir la actividad durante unos momentos. No podía hacer mucho más. Su gesto fue pequeño y limitado pero estaba cargado de un significado de consecuencias imprevisibles.

Jesús estaba atacando al templo, el lugar santo desde donde solo allí se podían ofrecer a Dios sacrificios agradables y recibir su perdón. Cualquier agresión al templo era una ofensa peligrosa e intolerable. Pero Jesús lo veía de otra manera: ¿qué era el templo en realidad? Herodes lo había reconstruido pero su intención era la de congraciarse con el pueblo y engrandecer su imagen. Por otra parte el templo se había convertido en un gigantesco negocio para los ricos sacerdotes y sus familias que hinchaban sus graneros con el dinero de los pobres. El templo se había convertido en fuente de poder y riqueza de una minoría aristocrática que vivía a costa de los sectores más débiles. ¿Es éste el templo querido por el Dios de la Alianza?

El gesto de Jesús es radical: Anuncia el juicio de Dios no contra aquel edificio sino



contra un sistema económico, político y religioso que no puede agradar a Dios. El templo se ha convertido en un símbolo de todo lo que oprime al pueblo. Nadie defiende allí a los pobres ni protege sus bienes. El templo se ha convertido en una cueva de ladrones como dijo el profeta Jeremías. El Dios de los pobres y excluidos no reina ni reinará desde ese templo.

La actuación de Jesús ha sido vista y vigilada por las autoridades romanas. Cuando la ciudad se encuentre más tranquila habrá que actuar. No es aconsejable detenerlo en público mientras le rodeen seguidores y simpatizantes. Ya encontrarán el modo de apresarlos de manera discreta.

Despedida inolvidable

También Jesús sabe que sus horas están contadas. Sin embargo no piensa en ocultarse o huir. Lo que hace es organizar una cena especial de despedida con sus amigos y amigas más cercanos. Consciente de la inminencia de su muerte quiere compartir con los suyos su confianza total en el Padre y prepararlos para un golpe tan duro. No se trata de una celebración pascual sino de una cena antes de la fiesta. El grupo busca un lugar tranquilo. Jesús esa noche no se retira a Betania, se queda en Jerusalén. Aunque los evangelios hablan de una cena con los doce no debemos excluir la presencia de otros discípulos y discípulas que le acompañaban en Jerusalén.

¿Podemos saber qué se vivió realmente en esa cena? Como tantas otras comidas y cenas que vivió Jesús en Galilea también la de esa noche le hace pensar en el banquete final del Reino de Dios. Habla con claridad de su muerte próxima pero también de su total confianza en su Padre. Está seguro de la validez de su mensaje. Un día compartirán juntos la fiesta final y la cena de esta noche es el símbolo.

Comienza la comida siguiendo la costumbre judía. De pie, toma en sus manos pan y pronuncia una bendición a Dios. Luego rompe el pan y distribuye sus trozos a cada uno. Todos conocen aquel gesto, lo han visto hacer a Jesús más de un vez. Pero aquella noche Jesús añade unas palabras. Dice: -*“Esto es mi cuerpo, yo soy este pan, me voy a romper por el Reino de Dios”*. Después, hacia el final de la comida tomó Jesús su copa de vino y se la pasa a los demás diciendo: -*“Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, es mi vida que la doy por vosotros”* y añadió: -*“ cuando partáis el pan y bebáis el vino en vuestras comidas acordaos de mí”*. De esta manera convierte Jesús esa cena de despedida en un gran signo –un gran sacramento- de lo que ha sido su vida: un servicio al Reino y a los seres humanos.

Así fue la despedida de Jesús que quedó grabada para siempre en las comunidades cristianas. Sus seguidores no quedarán huérfanos, no sentirán el vacío de su presencia. Cuando repitan aquella cena lo harán presente. Las líneas maestras del movimiento de Jesús quedan diseñadas: Una comunidad alimentada por él mismo y dedicada totalmente a abrir caminos al Reino de Dios en una actitud de servicio humilde y fraterno con la esperanza puesta en la fiesta final.

El evangelio de Juan cuenta otro gesto de Jesús esa noche. Dice que, en un momento determinado se levantó y se puso a lavar los pies de sus amigos. Dificilmente se puede trazar una imagen más expresiva de lo que fue toda la vida de Jesús y de lo que quiere que hagan sus seguidores: *“El que quiera ser grande entre vosotros que se haga vuestro servidor y el que quiera ser el primero que se haga esclavo de todos”*. Jesús les da el ejemplo actuado como un criado y esclavo que son los que lavaban los pies de los comensales.

